

Excelentísimo señor Presidente,

Excelentísimos e ilustrísimos señores y señoras académicos,

Familiares del Ilustrísimo señor D. Juan Alfaro Ramos

Señoras y Señores

En sesión de la Academia, celebrada el pasado mes enero, se me encomendó glosar, en discurso laudatorio, la figura del insigne e Ilustrísimo académico D. Juan Alfaro Ramos, fallecido el 12 de septiembre de 2012.

Tuve el privilegio de finalizar el año 2014 dando lectura a mi discurso de ingreso en esta Docta Academia, en la ciudad de Jaca, en la que se me nombró académico delegado, misión que he iniciado con enorme ilusión y esperanza, gracias a la acogida que este nombramiento ha tenido en las instituciones de la primera capital del Reino de Aragón.

Nuestro añorado académico D. Juan Alfaro Ramos me precedió en esta bella tarea que desarrolló con gran amor a la Academia y muy especialmente a la ciudad que a ambos nos cautivó y nos dio amparo para poder llevar a cabo nuestra labor humanística en pro de ésta bendita tierra que es Aragón.

En Mayo de 2001, el Salón de Ciento del Ayuntamiento de Jaca acogió la sesión en la que Juan Alfaro Ramos, dio lectura a su magnífico y recordado discurso que dejó para

no pocos jacetanos numerosas referencias dignas de reflexionar y asumir para el bien común de la cultura, de la historia y los paisajes del Pirineo.

Mi profunda admiración por la figura de Juan Alfaro, me exige asumir la responsabilidad hoy, de salir al estrado con el mismo entusiasmo y respeto que él mostró en cada acción que llevó a cabo durante su vida académica.

Conocí a Juan, el amigo, allá por los años 1970, cuando su figura *dotada de una "irremediable humanidad" que Dios le dio*, como él mismo solía decir, paseaba por la calle Mayor de Jaca, camino de "La Caja" como por aquel entonces era conocida Ibercaja, para encontrarse con el recordado Alcalde, Armando Abadía, que compaginaba la tarea política con la de ser director de la institución, en la capital de la Jacetania.

En todos nuestros encuentros mostró su espíritu conciliador, y en todo momento, me inculcó la necesidad de respeto por la persona humana, por la historia y por el humanismo, acentuando el perdón por las flaquezas de los demás que no eran otras que los reflejos de las nuestras.

Tomé contacto con Juan, cuando mis inquietudes periodísticas se orientaban hacia la defensa de las tradiciones y la integración de la sociedad jacetana. Le consulté, en variadas ocasiones, cual debía ser mi comportamiento con temas espinosos que podían crear desencuentros entre los ciudadanos y las autoridades de aquella incipiente democracia; siempre sus sabios

consejos me encaminaban a “bregar firme por el bien de nuestro Aragón y de sus gentes”.

Me defendió ante sorprendentes, malintencionadas y puntillosas incomprensiones de los “mandatarios” de turno y me animó a ser un hombre plural, pero sin abandonar las convicciones morales, de las que él hacía gala, como sus actos han dejado huella en su paso por la vida.

Entresacando algunas afirmaciones de su bello discurso ante la Academia, son muchas las referencias que dan muestra de su inmensa generosidad y amor por la condición humana: “si quieres que te hagan justicia procura que el juez te ame”, “el hombre está sujeto al cambio, en sucesión de imágenes y de generaciones, como las hojas en su caer”, “uno a uno todos nosotros hemos de mejorar mientras nos proyectamos a un futuro abierto y común”.

En ese mismo discurso dejó dicho algo de gran valor y vigencia, “si fijamos la población y les procuramos un vivir digno, no sólo lograremos ordenar el territorio sino que además conseguiremos que nuestra rica tradición no muera, que ese patrimonio perviva”.

No dejaremos el relato de su vida a la improvisación, y tomando como referencia el discurso de contestación a su ingreso en la Academia, leído por su actual Presidente Don Domingo Buesa Conde, diremos que: Don Juan Alfaro nació en Zaragoza en el año 1930, en ese mundo de la plaza de España que abría a la modernidad de sus

paseos y grandes avenidas, con la vista vuelta hacia ese templo del Pilar que centraba el sentimiento de ser de esta tierra, precisamente hacia ese templo del que era sacristán mosén Juan José Gimeno Labarga, la persona que enseñó las primeras letras al académico que hoy recordamos. Ese vivir en la frontera entre la vieja ciudad y el ensanche fue fundamentalmente un espacio de formación. Dos claves que le marcaron: su profunda religiosidad y su sentido de apuesta por la innovación”.

Concluida su licenciatura en Derecho trabajó con su padre para acabar en AGRAR y posteriormente ingresar en la Caja de Ahorros de Zaragoza Aragón y Rioja, en cuyo seno desarrollará toda su actividad profesional como Secretario General de la Entidad y como Director General adjunto durante treinta y dos años.

Su extenso e intenso tiempo profesional, estuvo vinculado a la Obra Cultural y Social de Ibercaja a la que dio un impulso de modernización, aportando la adquisición de obras de gran valor que hoy integran su patrimonio artístico, como diversos cuadros de Goya, o el órgano del siglo XIV de Sabiñán, que hoy se encuentra en el Patio de la Infanta. De su mano nacieron importantes iniciativas que rindieron muy altos servicios a nuestra cultura y a nuestra sociedad. Empresas en las que fue motor y en las que demostró su enorme capacidad de gestión y su visión de futuro, participando como miembro activo de los consejos de administración, en Campoebro y en Caser.

La ciudad de Jaca y su comarca, de la que fue Académico Delegado, dan buena muestra de esta acción, que va desde destacadas infraestructuras en sus tierras pirenaicas, hasta espacios para congresos y encuentros culturales de proyección universal, incluido el mundo de las ondas por el que tan firmemente apostó, inculcándonos a los profesionales esa pasión. Fue autor de numerosas publicaciones en las que apoyó la investigación y la difusión de nuestros mejores recursos patrimoniales.

Fue además, fundador de la Academia Aragonesa de Ciencias Sociales y miembro del Instituto de Estudios Superiores de la Empresa, Comendador de Número de la Orden del Mérito Agrícola, buen conocedor del mundo del campo, de su complejidad y del sacrificio implícito de sus quehaceres.

Juan Alfaro Ramos, tuvo verdadero empeño por un sueño que se hizo realidad. Domingo Buesa, en esos retazos de su vida, recuerda cómo dedicó más de un cuarto de siglo a ser Canciller de la Hermandad de Caballeros de San Juan de la Peña, recuperando el espíritu sanjuanista, junto a José Joaquín Sancho Drona y al jacetano Juan Lacasa y Lacasa.

Vienen a mi memoria gratos momentos junto a Alberto Turmo, en la antigua Hospedería del Monasterio Nuevo, inculcándome su amor por la historia y la naturaleza, en aquellos parajes en los que Aragón se convirtió en reino, lugar al que siempre quisieron volver a descansar los

grandes hombres que construyeron lo aragonés, como el conde de Aranda.

Devoto de Santa Orosia, escribió en su discurso “hemos recorrido caminos con los romeros orosianos y siempre, a nuestro alrededor, se extendía todo un mundo de color que constituye el segundo patrimonio de esta tierra, el patrimonio natural que la convierte en ese paraíso soñado en el que es tan fácil meditar y soñar”.

En todos los ámbitos de su recorrido existencial, Juan Alfaro Ramos, defendió ideas que abrieron caminos a nuevos tiempos, como las de aprovechar al máximo las edificaciones inmersas en el paisaje histórico como valor turístico, procurar que al espacio natural se incorporasen los hechos históricos, o las de potenciar los recursos histórico-artísticos, como elemento a investigar y a divulgar.

Son infinitas las pasiones de este “ser enamorado” a las que no podemos dar cabida en este recuerdo, pero no quiero sustraer una de ellas: su fervor por la naturaleza, especialmente de las tierras aragonesas, abiertas a peregrinos y viajeros, en un viaje como dijera en 2001 “que vigilaba el vuelo majestuoso del quebrantahuesos y del águila real, que discurría entre masas forestales de hayedos, bosques de pino o pastizales hasta los que llegaban los ciervos y los sarríos. Y cómo no, el reino del urogallo que es ya un doloroso recuerdo para los que hemos amado siempre esta naturaleza”.

Juan Alfaro Ramos, a quien admiramos por su bonhomía y magnanimidad, encontró el equilibrio en la dedicación responsable a la sociedad y la entrega total a los suyos, como hoy también lo recordamos, acompañado de su entorno más íntimo, el familiar. Así lo reflejó Domingo Buesa en el discurso de contestación a su ingreso en la Academia en 2001: “sus seis hijos y su mujer, doña Isabel García Delgado, entrañable y excepcional persona que ha sabido colaborar con discreta precisión en esta vida que hoy distinguimos”

Su relación humana permitió, que los que le conocimos, en las calles de nuestras ciudades pirenaicas, junto a unas ricas viandas en el Parador de Oroel, en el sillón de su despacho o en el Paseo de la Cantera de Jaca, guardemos su memoria de persona afable, honesta y entregada a la humanidad, y sobre todo, rescatando palabras del discurso institucional del Presidente de esta benemérita institución, en mi recepción como académico numerario, delegado en Jaca, “recordamos al amigo Juan, al ilustre académico que alcanzó la condición de los académicos –la inmortalidad en el pensamiento humano- está entre nosotros porque recordar es vivir, porque recordar con cariño es recuperar sensaciones y sentimientos. Y seguro que su memoria quedará perennemente viva”.

Juan Alfaro Ramos, hombre bueno, amigo leal, referente espiritual, amante de la belleza, de convicciones firmes, nos dejó un resquicio para la esperanza, que sea sobre

todo, fuerza que nos mueva a buscar la mayor perfección en el trabajo cotidiano, para mayor gloria de Dios.

Muchas gracias

Zaragoza 19 de febrero de 2015

Javier Ferrer Bailo

Académico Delegado en la Ciudad de Jaca